

Una Habana señorial

(Presentación del número 31 del año 2011, de la revista *Extramuros*)

Lo primero que debo decirles es que soy consciente de estar sentada, no en la calle 23, sino en el Paseo de Medina, y así me atrevo a pensar que mi presencia recuerde, en tal contexto, la estampa galana de una Condesa de Merlín, pero no sé si sea posible, porque no fue precisamente Mademoiselle Minett quien me ha vestido, sino un almacén perdido, muy perdido por calles de “extramuros”, ni tampoco pude encontrar los pendientes esféricos que pueden desenroscarse en dos mitades, con las pequeñas esponjas impregnadas en perfume; y por eso traigo otros pulsos para la ocasión, aunque no sean esos frascos de vidrio insertos en envoltura de metal de delicada orfebrería, y como he podido, me he laceado el cabello para hacerlo más largo, pero ante el espejo me he preguntado, como Nancy Morejón en el poema que recién he leído en las páginas de esta revista, “¿no sabes adónde te diriges, / ¿cuál será tu verdadera dirección?”

Evidentemente, soy una habanera de hoy en día, pero me siento afortunada porque he conocido, gracias a esta excelente entrega de la revista *Extramuros*, tantísimos secretos que me anteceden y me arman en el mosaico de tradiciones y costumbres que soy. Puedo decir, entonces, que me reafirmo en otras palabras leídas, las del narrador Rafael de Águila: “vivir es perderse a retazos”.

Los retazos de un habanero se pierden en una Habana cada vez más rica en su historia, cercana a sus calles, sus conversaciones, sus libros, su vocación de danzas y de teatro, de hacer su cultura.

No me equivoco si digo que la mayor virtud de *Extramuros* es, sin lugar a dudas, su fidelidad a ese carácter muestrario y abarcador, disímil y variado,

que debe primar en una revista, y que la hace, precisamente, ágil y esplendorosa en su *variedad*, su montaje amalgamado de mosaicos que se entremezclan para darnos, en cada detenimiento, en cada retazo de lectura, una dimensión que recompone y arma el propio lector. Pero hay más: *Extramuros* se ha convertido en rescatador del corazón del habanero, más aún, de esa vanidad no afectada del segmento tan delicadamente íntimo que es su ciudad.

La jactancia del habanero a sentirse enlazado a una capitanía del paisaje citadino se entiende cuando tomamos conciencia de que es parte de él. Y por eso cuando se nos relata que El Vedado acaba de cumplir 150 años de fundado, ya el paseo por sus calles no es el mismo, porque ahora pisamos, en cada tramo de avenida o calle, 150 años de historia que nos sostienen. Imaginamos ver, como nos recuerda en su bella crónica Cirio Bianchi Ross, integrando a su vez las remembranzas de René Méndez Capote, ese “paisaje marino y el movimiento de los barcos”. Los espacios conocidos dejan de ser lo que son, es decir, fragmentos de la prisa actual del ciudadano, para convertirse en recodos ocultos que nos dicen que transitamos por sobre el mar, y que cada adoquín, con su actual retoque de pavimentación, esconde, para aparentar una firmeza tan fútil como falaz, la movilidad de las aguas, el más grande tesoro que regala La Bahía al paisaje insular, el que esencia esta ciudad de La Habana, sin más.

De todo esto, y más, nos conversa *Extramuros* en esta deliciosa entrega, que no es otra cosa –y tomando prestadas las palabras de Reynaldo González- que un “reinventar, ajustar cuentas, recrear e incinerar en mi ciudad mi pasado”.

Extramuros ajusta sus cuentas, y nos repasa aniversarios, hechos de crucial interés, cumplimientos con escritores y artistas que sellan su decoro con

toda la impronta que han regalado a la ciudad, para ganársela a fuerza de tesón y amor. Entre tales recuentos está la crónica de Cirio Bianchi Ross sobre la historia de El Vedado, que se remonta al año de 1858 cuando el Ayuntamiento de La Habana aprobaba la parcelación de El Carmelo, y que llega hasta bien entrado el siglo XX, con anécdotas del lugar, como son la creación de la Sociedad Pro Arte Musical, de tanta significación para la vida cultural cubana, y la constitución del teatro *Auditorium*, rebautizado luego como teatro *Auditorium Amadeo Roldán*, además de recrear otras famas de la popular barriada habanera.

Otra crónica interesante y amena, es “La moda femenina en La Habana Colonial” de la escritora Gina Picart Baluja, que además de dar luz sobre tan acuciante tema, borda con filigranas el contexto epocal, con el detalle y el gusto a que nos tiene acostumbrada su prosa.

Un imprescindible diálogo con el narrador y ensayista Reynaldo González, nos brinda Norge Espinosa en “La Habana en Mí. Reinventar, ajustar cuentas”, en una didáctica del buen decir, inteligente creador que compone y engrana preguntas y respuestas, en un texto sin fisuras ni costuras, que nos acerca a una de las figuras más carismáticas de la cultura nacional, que sin ambages ni vueltas de tuerca, “confiesa que ha vivido” años de notable conjugación del arte de la palabra y la oratoria, escritor y conferenciante, en un logrado “ejercicio del criterio” que ha sido su peculiar aporte al escenario actual.

Más ceñido a la entrevista formal, Ahmed Echevarría aborda la obra de Rafael Águila a propósito del recién obtenido Premio “Alejo Carpentier” de Cuento 2010, escritura que saca a relucir aspectos relevantes de su narrativa y valoraciones generales de la literatura. En idéntica fase, la periodista Juliana Venero nos introduce al mundo del audiovisual cubano,

en su conversación con Mariela López acerca del serial para jóvenes “Mucho ruido” resonancia de un ámbito cultural que enriquece la diversidad de tópicos de esta edición.

Como muestrario del quehacer literario territorial, uno de los objetivos de la revista *Extramuros* que validan su perfil divulgativo y promocional, es el reportaje sobre el VIII Encuentro de Estudios Literarios que organizara el Centro Provincial del Libro y la Literatura en la provincia de Ciudad de La Habana, junto al Instituto de Literatura y Lingüística –ese “recinto de reminiscencia y excelencia, de pensamiento y vibración”, al decir de Maritza Martínez, responsable de Patrimonio e Identidad del Centro-, en mayo del pasado año. Como proyección de los resultados del evento, aparecen publicadas dos trabajos premiados: “Sexo maldito, marginación. Cuentos cubanos sobre el VIH(SIDA”, de Yahima Rodríguez, y “Carbones silvestres: raza y poesía, o ¿de qué color es el cabello?”, audaz acercamiento a asuntos de interés social y cultural, como es el testimonio que dan las resonancias de disímiles autores cubanos sobre la impactante pandemia; y la exégesis a una arista prominente en la obra de Nancy Morejón, “única y múltiple” como la define la autora, Kaly Samith Yanes, y que es la defensa a ultranza de nuestro ser identitario.

Variadísima es la presencia, en esta entrega editorial, de crítica y reseñas de libros, exposiciones, puestas en escena que recogen la viveza y dinamismo del escenario cultural habanero. En esta presentación, -y con un diseño editorial que se corresponde plenamente con la integración orgánica de la literatura y el arte en la ciudad, como un todo homogéneo, sin deslindes ni fragmentado en secciones- se destacan valoraciones sobre la exposición de arte abstracto en el Museo de Bellas Artes (“Cuando mirarse no resulta aburrido. Una exposición de abstracciones en bellas Artes”), de

María Nela Lebeque; la retrospectiva sobre la obra del mexicano José Guadalupe Posada en Casa de las Américas (“La voz posada desde un papel”), de Laura Álvarez Ponce. Sobre teatro aparecen textos alrededor de la puesta en escena de “Tango”, por teatro El Público (“Bailando el Tango”) a cargo de Barbarella González Acevedo; y dos interesantes reflexiones acerca de sendas puestas durante el evento “Mayo teatral”, una sobre “Velada Metafísica”, a cargo del grupo colombiano Matacandelas, y la otra sobre el espectáculo experimental “El último ensayo”, a cargo de la compañía peruana Yuyachkani (“Dos del mayo teatral”), aportadas por Rubén Sicilia.

Extramuros también ajusta las cuentas a la más notable literatura dada a conocer. De tal modo, leemos comentarios críticos –que sobrepasan la mera reseña literaria para adquirir fisonomía de semblanza y tesitura reflexiva- sobre libros recién publicados, tanto por el sello editorial “Extramuros” como por otras casas editoriales. Sea el caso del texto “Entre violencia y muerte: una recta”, de Adriana Sosa que nos acerca al libro *Una recta entre dos puntos negros*, cuentos de Ingrid Brioso Rieumont y Frank David Frías Rondón, los que caracterizan la violencia en el mundo actual y sus secuelas en la conducta y personalidad humanas. Otro comentario que propone algo más sobre esa imprescindible poeta que es Lina de Feria, lo incorpora el desempeño crítico de Rafael Hernández en “Algunas marcas”, sobre el libro *La rebelión de los indemnes*. Y sobre ese otro imprescindible, el narrador Reynaldo Arenas, es el comentario “Cuba, la noche y al locura”, de Ahmed Echevarría, que deja constancia del testimonio apasionado y emergente de Tomás Fernández Robaina en su libro *Misa para un ángel*, donde se integran los recuerdos –novelados y fantaseados, como corresponde a las memorias de un escritor, nunca substraídos a la

vocación fabuladora- que revalida la estatura intelectual del novelista cubano.

En el justo linde entre crítica y semblanza, se balancea el texto de Vivian Martínez Tabares “El Público: violar lo que se sabe; gozar lo que no se pregunta”, que se vuelve homenaje a 20 años de trabajo sobre las tablas del grupo teatral dirigido por Carlos Díaz (de ahí el epígrafe del artículo: “Carlos Díaz: sobre el daño que le has hecho al teatro”). Por esta misma cuerda de remembranza y ficción, de testimonio y fabulación, transitan dos textos que significan, igualmente, homenaje, esta vez a la figura de José Lezama Lima en su centenario. Así mencionamos, de Mons. Carlos Manuel de Céspedes “José Lezama Lima, acercamiento a su religiosidad”, que fuera el texto leído en una de las tertulias (“Cantidades rosadas de ventanas”) que a propósito de la efemérides organizara el poeta César López. Tan cercana a la memoria afectiva, es regocijo de lectura aquella “polémica” abierta entre dos amigos en el tiempo, Mons Carlos Manuel y Lourdes Rensoli, que consolida aquel presupuesto dialógico (“los grandes Diálogos de la Antigüedad, diría Lezama), donde el placer del sofisma da pie a un encono que sólo dura lo que la extensión de la palabra, polémica sobre la religiosidad del Maestro de Trocadero (ortodoxa? heterodoxa?) que me retrotrae en tiempo hasta uno de los primeros números de nuestra *Vivarium*. Un abrazo al recuerdo entrañable de la Diócesis habanera. Por otra parte, Josefina de Diego, hija del grandioso Eliseo, escritora ella misma, deja constancia, con el testimonio de vivencias y anécdotas familiares, de la faceta humana de Lezama Lima y su entorno origenista.

Completan la entrega editorial dos muestras de alta literatura. Nos referimos al poemario *El libro de los sentidos*, de la poeta e investigadora Caridad Atencio, de cuyas páginas se dan algunas señales; y el

originalísimo relato *Braeking news*, de Jorge Lage, impactante e imaginativa ruptura de un espacio-tiempo donde la fantasía irrumpe en el plano imprevisto de lo cotidiano para cobrar su cuota de terror.

El número que presentamos hoy ha sido dedicado a *Orígenes*, que es dedicarlo –como expresan los editores– a los orígenes mismos de la palabra. La palabra origenista y original, que salva al mundo cuando lo vuelve a nombrar con el ensalmo de la mejor voluntad. Es voluntad de los editores de *Extramuros* saltar desde los límites de una cuartilla hasta la viveza de la ciudad, con aquella intención salvífica que siempre ha sido virtud de la literatura.

Hace siglos, tantos, Aristófanes, en otro de sus fabulados diálogos, decía a Esquilo: “Adiós, Esquilo, sal ya de aquí y salva a la ciudad con sanos consejos y educa a los necios que son infinitos”. No es otro el propósito de estos hacedores de lectura, que nos han hecho llegar los más sanos consejos para el espíritu.

Y hasta aquí he seguido el sano consejo de no dejarme llevar por pasiones de lectura, y me he privado de citar a Lezama, aún a pesar de que este número lleva implícito un homenaje a él.

Pero cómo mejor pudiera decir que “La Habana se vuelve señorial por esos vericuetos de adquisiciones para rendirlos después en el halago, movilizandolos sus infinitos recursos para alegrar a los demás que forman nuestra compañía”.

Palabras, no puedo.

Ivette Fuentes